

UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

Facultad de Humanidades



GRADO EN HUMANIDADES

Curso Académico: 2016/2017

Convocatoria: Junio

Título del Trabajo Fin de Grado: **Violencia simbólica en el discurso neoliberal**

Autor: Antonio Suárez Pérez

Tutor: Antonio Daniel Fuentes González

ÍNDICE

1. Introducción.....	1
2. Marco teórico-metodológico.....	2
3. Neoliberalismo: su historia y sus fundamentos.....	8
3.1 Antecedentes históricos.....	8
3.2 Fundamentos teóricos.....	11
3.3 Fundamentos económicos.....	13
3.4 Fundamentos culturales.....	14
3.5 Fundamentos filosóficos.....	14
3.6 Fundamentos educativos.....	15
3.7 Estado neoliberal.....	15
3.8 Incongruencias.....	16
4. Fabricación del consentimiento.....	17
5. Análisis sociolingüístico intra, inter y extratextual: Hitos discursivos recientes del neoliberalismo	20
6. Conclusiones.....	30
7. Bibliografía.....	32

RESUMEN

En el siguiente trabajo se realiza un acercamiento a las ideas de fondo que sostienen la ideología neoliberal. Realizamos un análisis de su discurso desde su origen hasta nuestra actualidad más próxima a partir de la sociolingüística crítica y el análisis sociometafórico de las declaraciones escogidas. Se parte de las nociones de violencia simbólica, sentido común y la semiótica asignificante para nuestro propósito.

Palabras clave: neoliberalismo, violencia simbólica, semiótica asignificante, sociolingüística crítica, análisis sociometafórico.

1. Introducción

¿Y si el *fin de la historia* no hubiese llegado?; ¿Y si realmente existiera otra alternativa?; ¿Y si existiera más que “hombres y mujeres, y sus familias”?; ¿Y si el “libre mercado” no fuese un “sistema científico perfecto”?; ¿Sería mejor una “dictadura liberal” que cualquier “democracia”? (Fukuyama, 1992; Ramonet, 2009: 7, 39; *apud* Ibáñez, 2016/ Yergin y Stanislaw, 1998, *apud* Harvey, 2005: 29).

El sueño de un sistema ideal se vio quebrado con la crisis asiática del 97 y la respuesta fue más de lo mismo. Con la crisis financiera de 2008 vuelven a saltar las alarmas; no obstante, sigue sin ponerse en tela de juicio el papel del Estado en los mercados, a la vez que trabajaban para legislar en favor de la acumulación de capital y la restauración del poder de clase (Harvey, 2005; Escalante, 2016).

Cuando parece que el sistema neoliberal beneficia a una ínfima parte de la población, sus paradigmas ideológicos están interiorizados en nuestro “sentido común”, colonizándolo, como forma básica para generar conformidad (Gramsci, 1971: 149, 321-343, *apud* Harvey 2005). A partir de diversas estrategias lingüísticas, el neoliberalismo, sobre todo a través del vocabulario económico y de su cognición encubierta e inconsciente, ha conseguido hacer del lenguaje su mejor arma de sometimiento, a partir de estrategias destinadas a la interiorización de la realidad dominante (Rivas, 2005; Romano García, 2007 y 2007a).

No se puede dudar de la importancia que tiene el lenguaje como herramienta de comunicación, de defensa, de lucha, al fin y al cabo, de política. Sin embargo, tampoco podemos negar el poder que presenta como arma para legitimar mediante la violencia simbólica. Al igual que se hiciera durante otros totalitarismos precedentes, el nuevo totalitarismo, –este nuevo *cosmonopolitismo*–, tiene un centro de poder y su propia mitología (Lazzarato, 2012; Romano, 2007).

No fueron Thatcher y Reagan quienes inventaron el neoliberalismo, como veremos después, pero sí quienes lo hicieron masivo, justo antes de la caída del Muro de Berlín. Sus teóricos, Hayek, Mises, Popper, Friedman; *Mont Pelerin Society* y su “larga marcha” resuenan aun en nuestra actualidad más cercana. Tras ello, su fusión con todo aquel movimiento que defiende el individualismo, con toda aquella ideología que fomenta el libre mercado y con la integración de su discurso con todo tipo de mecanismos relacionados con el nacionalismo cultural o el estereotipo del otro a partir de diversos caminos: la educación, los medios de comunicación, la cultura de masas o nuestra dependencia de la tecnología. Los paradigmas del neoliberalismo están presentes en casi todos los aspectos de nuestra vida (Romano, 2007; Harley, 2005; Escalante, 2016; Lazzarato, 2012).

2. Marco teórico-metodológico

Este trabajo parte de la importancia del lenguaje para el neoliberalismo como mecanismo de disciplina y de consentimiento, como mecanismo inhibitorio y, a la vez, movilizador. Así, será necesario realizar un análisis del discurso neoliberal. Entendemos como discurso, según la RAE, de entre todas las acepciones, la siguiente definición: “doctrina, ideología, tesis o punto de vista”. Para dicho análisis se van a emplear una serie de ejemplos procedentes de declaraciones de políticos, teóricos que dan origen al neoliberalismo, intelectuales, periodistas, etc. El fin de este ensayo consiste en analizar la creación de modelos interpretativos de la realidad procedentes de la ideología neoliberal, modelo sociopolítico y cultural dominante, a partir de su discurso. Trabajaremos a partir de fragmentos de artículos o declaraciones públicas de algunos de sus representantes. También tendremos oportunidad de ver el atractivo de dicho discurso, hasta el punto de apreciar cómo cala en las mentes de las ideologías opositoras mediante la creación del sentido común. De largo se reconoce la importancia del

lenguaje para el capitalismo, en especial, el económico; no obstante, el neoliberalismo implica, además, una serie de significados que van más allá de la economía y alcanzan distintos campos, como la ética, la filosofía, la educación, el derecho o la política (Rivas, 2005).

Por un lado, vamos a centrarnos en el análisis, desde una triple perspectiva, a partir de la propuesta de Eco, de “la estructura de códigos y de los procesos comunicativos”: del uso y el sentido de las “figuras retóricas” empleadas, es decir, de las “estructuras discursivas o intratextualidad”, en cuyo caso predomina el uso de la metáfora; a partir de la “intertextualidad”, por lo que trataremos de estudiar las “salidas del texto para buscar variaciones y versiones análogas”; y, por último, el plano “de las estructuras ideológicas o extratextuales”, que se refieren a la cultura, a la forma con la que construimos nuestra visión del mundo o nuestro sentido común (Eco, 1993, *apud* Rivas, 2005:11).

La metáfora es una forma de concebir una realidad a partir de otra, de forma que resulta más fácil comprenderla, dar sentido a nuestra experiencia, crear expectativas y aspiraciones en función de nuestra percepción de la realidad. Lakoff y Johnson matizan el poder de la metáfora, no solo como forma comprensiva, sino también “por la capacidad de determinar lo que es real para nosotros, al configurar y articular nuestras representaciones internas y nuestra visión del mundo” (Lakoff y Johnson, 1991, *apud* Rivas, 2005:12).

La metáfora es empleada en distintos campos científicos y se advierte su potencialidad “al estudiar fenómenos y discursos económicos desde diferentes perspectivas teórico-metodológicas”. La narratividad de la economía, según McCloskey, tiende separarse de la gente y generar relaciones de dependencia a partir de los expertos, y en doble sentido, ya que: por un lado, existe una diferencia entre la economía bursátil y financiera, y la real; y, por otra parte, también se aleja del lenguaje común. Más aún, el uso frecuente de la metáfora central, en palabras de Gramsci, puede generar que su significado pase al lenguaje corriente y se asuma como un fenómeno real: “Todo lenguaje es un continuo proceso de metáforas”. Por su parte, Rivas, muestra como el modelo dominante puede integrar sus metáforas en los dominados, para provocar la interiorización de su situación, a través del azar y la suerte, y tratar de

hacerla irremediable. Otros autores, como Arendt y Bauman, detectan el empleo de metáforas como forma de consolidar ideologías (McCloskey, 1990; Gramsci, 2001:150; Rivas, 2005; Arendt, 2004 y Bauman, 1997, *apud* Fuentes y Belmonte, 2015:762-763).

Sin embargo, como ya se ha dicho, si seguimos el discurso de Eco, su tercera perspectiva hace referencia al análisis de las estructuras extratextuales, o ideológicas, referidas a la cultura y a la creación del sentido común. Para ello, partimos de las nociones de violencia simbólica, a partir de Bourdieu (1992, 1999 y 1999a), la creación del sentido común, si seguimos la línea de Gramsci (1971 y 2001), y la noción de semiótica asignificante, según Lazzarato (2012).

Fenómenos como la dominación de clase en las sociedades modernas, entre naciones o del hombre sobre la mujer se pueden explicar a partir de la idea de “violencia simbólica”, de Pierre Bourdieu: “violencia que arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales apoyándose en unas expectativas colectivas, en unas creencias socialmente inculcadas”, por lo que el poder se puede concebir como carisma. En este caso, poder simbólico hace referencia a las diversas formas en las que se emplea el poder en la vida social y, raramente, expresado a través de la fuerza física; es un poder invisible, es decir, que se acepta y no es reconocido como poder simbólico, sino como algo dado como legítimo, por lo que supone cierta complicidad del sometido al legitimar la posición del dominador (Bourdieu, 1999a:172-173, *apud* Fernández, 2005:9).

Los sistemas simbólicos, arte, religión o ciencia, se fundan a partir de un arbitrio cultural determinado, es decir, son fabricados, y cumplen tres funciones relacionadas entre ellas, aunque diferentes: el conocimiento, la comunicación y la diferenciación social. Son instrumentos de comunicación y de dominación, hacen posible el consenso y contribuyen a la reproducción del ordenamiento social (Swartz, 1997: 82-83, *apud* Fernández, 2005).

Más allá de la violencia simbólica, y su poder, existen otra serie de elementos que fundamenta la dominación. Podemos hablar de capital simbólico como aquel que “confiere autoridad legítima, de la que se deriva el poder de nombrar, de representar el

sentido común y de crear la versión oficial del mundo social”. En preciso entender que para Bourdieu, como ha señalado Harker (1990), es una preocupación entender el peso que se mantiene en las relaciones de poder la transformación recíproca entre capital económico y capital simbólico, es decir, aquel destinado a ostentar autoridad legítima. Violencia simbólica es, para Bourdieu, una forma de poner énfasis en la forma de aceptación del dominio por parte de los dominados. Como ya se ha dicho, el poder simbólico es un poder legitimador a partir del consenso entre dominados y dominadores, un “poder que construye el mundo” capaz de obligarnos a aceptar la “visión legítima del mundo social y de sus divisiones”; además, tiene la capacidad de camuflar bajo el sentido común, que representa los intereses económicos y políticos dominantes, la reproducción de desigualdades (Harker, 1990: 6; Bourdieu, 1987: 13, *apud* Fernández, 2005:10-12).

La base de la violencia simbólica se encuentra en que el dominado piensa de sí mismo con las categorías dominantes:

La forma por antonomasia de la violencia simbólica es el poder que, [...], se ejerce por medio de las vías de comunicación racional, es decir, con la adhesión (forzada) de aquellos que, por ser productos dominados de un orden dominado por las fuerzas que se amparan en la razón, no tienen más remedio que otorgar su consentimiento a la arbitrariedad de la fuerza racionalizada” (Bourdieu, 1999b: 112, apud Fernández, 2005: 15).

O dicho en otras palabras, legitimar es “dar toda la fuerza de la razón a la razón del más fuerte” a partir de una violencia eufemizada, y socialmente aceptable, que impone significaciones para provocar conductas y sustentada por el poder simbólico. Si se acepta el principio de dominación, es debido a que se considera como normal el orden establecido a través de una violencia simbólica ejercida con su complicidad. Ante tal situación cabría preguntarse de qué manera se reconoce tal orden: según la tesis de Poupeau, y en palabras de Bourdieu, el “reconocimiento no es posible sino gracias a un desconocimiento fundado en el ajuste inconsciente de las estructuras subjetivas con las estructuras objetivas” (Bourdieu y Wacquant, 1992; Poupeau, 1999: 5, *apud* Gutiérrez, 2004: 292-293).

El invento neoliberal conquistó Chile como laboratorio de pruebas, entre otras naciones, a partir de una férrea dictadura, pero en sociedades democráticas su

implantación debía ser de otra forma: a través del consentimiento. Si seguimos a Gramsci, sabemos que el sentido común, entendido como el “sentido poseído en común”, es quien sustenta el consentimiento de forma característica. Es fácil caer en la tentación de considerar el “sentido común” como “buen juicio”: el primero se sustenta sobre prácticas culturales asentadas sobre costumbres y tradiciones religiosas y nacionales, o a través del miedo; mientras que el segundo término hace referencia a la construcción de una realidad a partir de la crítica y su relación con las cuestiones de actualidad. Así, “el sentido común puede engañar, ofuscar, o encubrir profundamente problemas reales bajo prejuicios culturales”. Se pueden activar y desactivar conductas a partir de discursos que camuflan tácticas bajo “dispositivos retóricos imprecisos”; por ejemplo, el neoliberalismo tiene un especial interés en la palabra libertad para movilizar y legitimar prácticas (Gramsci, 1971: 149, 321-343, *apud* Harvey, 2005: 47-48).

En las sociedades contemporáneas, los signos y símbolos representan una doble perspectiva: por un lado, a partir de semióticas significantes, es decir, las funciones propias de la lengua; y, en segundo lugar, el registro de las semióticas asignificantes, como las ecuaciones, los valores bursátiles o la música: “capaces de poner en juego signos que tienen por otra parte un efecto simbólico o significante, pero cuyo propio funcionamiento no es simbólico ni significante”. Así, este registro, más que a la formación del sujeto, se destina a evocar afectos, emociones, percepciones, etc., destinados a formar parte del engranaje semiótico del capital. “La toma de significado es siempre inseparable de la toma del poder” (Guattari, 1980). La potencia de los signos es capaz de detener el propio lenguaje, no hay que olvidar que el este es símbolo y signo. La lógica capitalista tiene como pretensión enlazar lo real a través de la mediación con el significado y la representación; por ejemplo, no puede haber política sin la representación de determinados intereses. Se puede concluir que la semiótica y la política se conectan a través del gobierno de los signos y del espacio, respectivamente (Lazzarato, 2012: 713).

La servidumbre maquínica va destinada a activar las reacciones propias procedentes de la semiótica asignificante, como ya se ha dicho, aquella destinada a provocar una acción o una conducta. Por ejemplo, tras el 11S, la televisión se ha ido transformado cada más en el “canal privilegiado de la modulación afectiva, en tiempo

real, en momentos socialmente críticos”. Un ejemplo de es el uso de las alertas por colores, a priori, señales que no tienen significado propiamente dicho, pero estimulan una respuesta no consciente del individuo: se le llamará servidumbre porque la respuesta depende de un sistema de control. Esta acción tiene por objeto introducir, sin apariencia, “al gobierno con el sistema nervioso” de cada sujeto, de forma que “reacciona de manera refleja a los estímulos que le son dirigidos [...]. Se trata menos de una comunicación que de una germinación de potenciales para la acción, pero cuya determinación puede programarse en colores” (Massumi, 2005: 31-48, *apud* Lazzarato, 2012: 715-717).

Muchos de estos estímulos van destinados más a la posibilidad de inhibición que a la acción determinada, no tan efectiva, y proceden de la fabricación de imágenes, sonidos, ritmos, etc. En resumen, “si las semióticas significantes tienen una función de alienación subjetiva, de `sometimiento social`, las semióticas asignificantes tienen una función de `servidumbre maquínica””. Si volvemos al ejemplo de la televisión, esta cuenta con mecanismo semióticos destinados al sometimiento social y dispositivos destinados a la servidumbre maquínica, es decir, “puede constituirnos como sujetos, usuarios, o bien utilizarnos como simples relés que hacen pasar una información, una noticia, o signos que provocan una acción reacción” (Lazzarato, 2012: 717-719).

No obstante, las teorías lingüísticas y la filosofía analítica obvian las enunciaciones y los signos que provienen de dispositivos maquínicos, así, se puede decir que mantiene una postura logocéntrica. De la misma manera ocurre con las teorías que hacen del lenguaje, a partir de la palabra, la forma más importante de expresión política, parecen desconocer la importancia de la semiótica asignificante. Muchas de las explicaciones teóricas de la política hacen referencia a la metáfora del teatro, en alusión a las antigua *polis* griega; no obstante, la producción de la palabra se hace de forma industrial en la actualidad, en detrimento de la teatralidad que explica sociedades pre-capitalistas. A modo de ejemplo, puede señalarse que prácticamente vivimos bajo el influjo de todo tipo de sistemas electrónicos e industriales, de forma que “el contenido de la subjetividad de la sociedad de control depende de una multitud de sistemas maquínicos” (Lazzarato, 2012: 720).

Podemos afirmar, consiguientemente, que en sociedades democráticas, donde es más difícil aplicar la violencia de forma directa y mediante la fuerza física, las formas

suaves y simbólicas de violencia tienen tantas, o más, posibilidades de surtir efecto que la violencia brutal (Fernández, 2005).

3. Neoliberalismo: su historia y sus fundamentos

3.1. Antecedentes históricos.

Tras el fracaso del liberalismo del último tercio del siglo XIX, existía la preocupación acerca de la distribución de la riqueza, con lo que se evolucionó hacia sistemas similares a la socialdemocracia. Por otra parte, la crisis del 29 había mostrado los peligros de una economía desregulada, así que todos los países, en distintos grados, aceptaron medidas proteccionistas. La revolución Bolchevique podía ser digna de contagio y el auge del fascismo y del nacionalsocialismo preocupaban a los liberales de este tiempo, motivos que influyeron en el carácter apocalíptico de los textos que le dieron origen (Escalante, 2016).

El origen del neoliberalismo data de los años treinta. En el periodo de entreguerras, se llega al verano de 1938 y en París se celebrará el Coloquio de Lippmann, cuyo objetivo era establecer una nueva agenda para el liberalismo que contemplase la defensa del mercado como mecanismo de organización económica y la exaltación de la libertad individual, lo que implicaba eliminar cualquier tipo de colectivismo, pero a la vez defendía un férreo estado de derecho que generara el clima adecuado para los negocios. Aunque entre los propósitos también se encontraba, en su origen, algún tipo de seguridad social a petición de Rüstow y Walter Lippmann, más moderados, la escuela austriaca, más ortodoxa con Friedrich von Hayek y Ludwig von Mises a la cabeza, se acabó imponiendo (Escalante, 2016).

La década de los cuarenta se va a caracterizar por dos hitos. En primer lugar, se firmaron los acuerdos de *Bretton Woods* en el verano de 1944 que impondrían un nuevo modelo de economía global: el *keynesianismo* o liberalismo embridado; además, establecerá un precio fijo del dólar sobre el oro y darán origen al FMI, el BIRD que pasaría a llamarse BM y el GATT. Años más tarde, en 1947, los ideólogos del neoliberalismo fundarán *Mont Pelerin Society*, con el objetivo de poner freno a los enemigos del orden social capitalista, subordinado a las políticas sociales. Entre los nombres ilustres encontramos a Mises, Hayek y Milton Friedman. Uno de sus propósitos era influir en los electorados de los países occidentales, democráticos en su mayoría, a

través de la difusión de las ideas neoliberales, la “larga marcha”, mediante diversas vías: *think-tanks*, cámaras de comercio, universidades, iglesias, escuelas, medios de comunicación, intelectuales, etc. con el fin de fijarlas en el sentido común (Escalante, 2016, Harvey¹, 2005: 49-49 e Ibáñez, 2016).

La década de los sesenta iba a ser una etapa de alta actividad intelectual, según opina Blyth, sus intelectuales propiciaron esta compleja fusión de ideas que serán clave para el fin del liberalismo embrizado y su giro hacia el neoliberalismo. A la vez, surgían movimientos en nombre de las libertades individuales, aunque también con reivindicaciones de justicia social, como los movimientos estudiantiles, Mayo del 68 o los manifestantes abatidos en Méjico en vísperas de los JJ.OO. de 1968. El giro neoliberal coincidirá con el fin de la década y el inicio de los setenta, caracterizados por la corriente del postmodernismo, el escepticismo político y la llegada de la cultura pop (Blyth, 2002, *apud* Harvey, 2005).

Durante la década de los sesenta el mundo entraba se tambaleaba debido a la crisis del petróleo, la guerra de Vietnam o la guerra árabe-israelí; aumentaba el desempleo y el crecimiento, el *keynesianismo* había dejado de funcionar. En este contexto, fue el presidente de los Estados Unidos R. Nixon –quien propició el abandono del sistema de cambio fijo del dólar a partir del oro, instaurado desde los acuerdos de *Bretton Woods*. El paso a la década de los setenta, cuyo interés de las clases dominantes va a ser evitar su “aniquilación política y económica”, consistirá en la búsqueda de una alternativa al *keynesianismo*. La fecha de 1971 será vital para el nuevo rumbo que va a adquirir la economía global. Así lo asegura Ignacio Ramonet: “es el acto de nacimiento de lo que bien se puede llamar ‘el nuevo capitalismo’, pues restablece la libertad de maniobra monetaria de Washington, abre el camino a medidas de desregulación financiera más radicales y permitirá el desarrollo de la globalización neoliberal”. El caso simbólico fue la crisis urbana de Nueva York y la llegada al poder del dictador chileno Pinochet en Chile en 1973 sirvieron como experiencias modelo para la imposición del modelo neoliberal en sociedades democráticas. Para Zevin, la estrategia de la deflación iba ligada a una redistribución de la riqueza, renta y poder hacia las clases altas; y, por otra

¹ Cf., asimismo, el enlace <http://www.montpelerin.org/aboutmps.html>.

parte, una aviso de que lo gestado en Nueva York podría ocurrir en otras partes y el ejemplo a seguir en sociedades democráticas. En 1974, la Asamblea General de las Naciones Unidas ratificó la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados que contemplaba el derecho a regular la inversión extranjera y la nacionalización y el derecho al acceso de los avances científicos (Escalante, 2016; Zevin, 1977, *apud* Harvey, 2005: 22; Ramonet, 2009: 33, *apud* Ibáñez, 2016).

La década de los ochenta iba a ser crucial para el asentamiento del poder neoliberal y la construcción del consentimiento. La historia del neoliberalismo tiene como peculiaridad la capacidad de transformar un discurso minoritario y hacerlo mayoritario, convertirlo en sentido común, como consiguieron Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Cuando en 1979 Thatcher llegó al poder, se aceptó dejar atrás el *keynesianismo* y bajo la influencia del *Institute of Economic Affairs*, y se acogieron las medidas ortodoxas neoliberales. En el caso de Thatcher, ella estaba decidida en actuar sobre la oferta, esencial para remediar la estanflación durante los setenta. Seguidora de Friedman, actuó con decisión y revolucionó las políticas fiscales y monetarias. Supuso una guerra contra los sindicatos, la solidaridad social, el Estado del bienestar, privatizaciones, desregulaciones, etc. “Todas las formas de solidaridad social iban a ser disueltas en favor del individualismo, la propiedad privada, la responsabilidad personal y los valores familiares”. Un año más tarde, Reagan llegó al poder, en paralelo a la dura política monetaria establecida por el *shock* Volcker para salir de la estanflación, y la unión entre el Departamento del Tesoro estadounidense y el FMI. En ambos, las privatizaciones, las desregulaciones, la bajada de impuestos al comercio y las rentas altas, la eliminación de vínculos de solidaridad social, el desarme del sindicalismo y el refuerzo de la clase media a partir de la propiedad privada fueron las pautas a seguir: “así fue como comenzó el cambio trascendental hacia una mayor desigualdad social y hacia la restauración del poder económico a las clases altas” (Treanor *apud*, Harley, 2005: 7-8, 29, 33).

El proceso de neoliberalización llevado a cabo desde los setenta no tiene una distribución homogénea geográfica ni temporalmente. Cómo y por qué se impuso no tiene una respuesta clara, podía parecer inevitable, pero los datos económicos de finales de los ochenta y no existir otra alternativa en ese momento hizo que se estableciera

definitivamente esta nueva ortodoxia constituida a partir del llamado Consenso de Washington en la década de 1990. De forma general, las doctrinas de este consenso no se difieren mucho de las neoliberales: privatizaciones, desregularizaciones, asegurar los derechos de propiedad, aranceles bajos y fiscalidad estable, bajo gasto público, etc. y, así, hasta completar el decálogo de consejos a aplicar (Harvey, 2005; Ibáñez, 2016). El éxito de esta doctrina se debió a su simplicidad, en forma de recetas económicas, que se ponían en práctica a partir de simples marcos contables e indicadores económicos, como la inflación, el déficit presupuestario o las tasas de interés. A día de hoy, podemos encontrar una nueva forma de entender el libre mercado, a partir de Stiglitz, quien considera la existencia de un Consenso de Post-Washington, cuyas conclusiones son las siguientes: "Hacer funcionar bien los mercados requiere algo más que una baja inflación; requiere regulación fiscal, políticas para la competencia, políticas que faciliten la transmisión de la tecnología y promuevan la transparencia, por solo citar algunos aspectos no tratados en el Consenso de Washington" (Stiglitz, 1998: 691).

3.2. Fundamentos teóricos

El neoliberalismo, término acuñado por Alexander Rüstow en agosto de 1938, hace referencia a un conjunto de prácticas político-económicas que sostiene que el bienestar humano procede de no coartar el desarrollo de las capacidades y libertades empresariales a partir de un marco legal que protege con gran fuerza la propiedad privada, los mercados libres y la libertad comercial, amparado el poder estatal que genera el marco institucional apropiado para el desarrollo de dichas prácticas, además de garantizar la calidad del dinero, el control de las estructuras militares, policiales y legales para preservar estos derechos, en caso necesario, mediante el uso de la fuerza. Por otra parte, también se caracteriza por generar mercados en actividades que carecen de este, pero su intervención debe ser mínima, ya que la intervención estatal carece de la información suficiente para anticiparse al mercado (Harvey, 2005).

En 1922, Von Mises publicó *Socialismo*, uno de los precedentes teóricos del neoliberalismo, y su obra se presenta como una revisión del liberalismo con el fin de constituir un nuevo fundamento sociológico, político y económico de dicha doctrina. La obra se presenta como una crítica empírica al socialismo; sin embargo, hay que recordar la fecha de publicación, es decir, aún no se había puesto en marcha. Por otra parte,

Socialismo presenta varias ideas que serán básicas para el ideario neoliberal posterior: utilitarismo radical, la idea de que el gasto social disipa el capital, la sinonimia entre proteccionismo y destruccinismo, por lo que considera al Estado como una amenaza, la consideración hacia los sindicatos como una forma de privilegio indefinido, equiparar la huelga con terrorismo y, lo que acabará siendo más útil, hacer del orden social capitalista una democracia económica. Por último, de dicha obra procede la idea de que el mercado sirve como mecanismo para procesar información (Escalante, 2016).

Otro de los teóricos del neoliberalismo es Joseph Schumpeter, economista creador de la teoría del “espíritu emprendedor”. Su teoría será del lugar de procedencia de que son los “emprendedores” quienes innovan y se aventuran a fundar una empresa, por lo cual son los únicos que asumen riesgos. Representa a un innovador que realiza sus planes, no sin tener que romper con los tradicionalismos, con dotes de liderazgo y un talento diferente para encontrar el mejor modo de negocio, pero sin entrar en un plano esencialista. Por otro lado, en palabras de Goss, se deja llevar por sus emociones, el entusiasmo y una actitud inconformista, tendrá que vencer las tendencias de su entorno, pues es natural estar contra lo novedoso y, según Brouwer, “abrir nuevas posibilidades de negocio”. En este caso, el beneficio es similar al éxito y reflejo de calidad (Goss, 2005; Brouwer, 2002: 89, *apud* Carrasco y Castaño, 2008: 122). También encontraremos como paradigmas de sus tesis la idea de crisis como algo “natural”, como evolución, como progreso económico, además de su noción de “destrucción creadora”. No obstante, entre sus víctimas estarán los desempleados, las pequeñas empresas arruinadas y los pequeños ahorradores, catalogados como “daños colaterales” en pro del reforzamiento del sistema (Ramonet, 2009:34, *apud* Ibáñez, 2016).

La sociedad abierta y sus enemigos, de Karl Popper, publicada en 1936, también está presente en el discurso liberal, cuyo interés radica en la crítica al empirismo marxista: su alegato se muestra en contra de la planificación y del socialismo utópico presente en Platón, Hegel y Marx. Por último, la noción de “abierto” se muestra de forma ambigua; no obstante, este será uno de los atractivos y se acabará usando con frecuencia (Escalante, 2016).

Friedrich Hayek publicará, en 1944, *Camino de servidumbre*, en plena Segunda Guerra Mundial, escribirá desde el exilio, y será la obra más influyente. El tema de la obra se puede sintetizar en la siguiente idea: “todo movimiento hacia el socialismo, o hacia una planificación de la economía, tan moderado como se quiera, amenaza con

llevar finalmente al totalitarismo”, aunque durante los setenta matizaría su argumento. Considera que los extremos lógicos no son posibles, pero es incongruente pues con la idea de mercado, ya que esta está sustentada en uno de estos extremos, además de limitar cualquier opción mixta. Para su postura, la libertad individual y política no era posible sin la libertad de mercado, de forma que intervenir en la economía era limitar la libertad individual, irremediablemente, para él, una forma dictatorial (Escalante, 2016: 34-35).

En resumen, dos son las grandes ideas que destacan: primero, el mercado como sistema de información y control social a partir de la competencia para evitar la coacción; y, en segundo lugar, la necesidad de un sistema legal que imponga unas reglas generales para todos, pero sin mediar en asuntos de redistribución ni leyes particularistas. Su obra muestran valores ingleses como la independencia, la autoconfianza o la desconfianza en el poder, y en la democracia: “a menudo (dice) ha existido mayor libertad cultural y espiritual bajo un régimen autocrático que bajo algunas democracias” (Escalante, 2016: 37).

3.3. Fundamentos económicos

La línea económica que siguen las reformas neoliberales es fácil de detectar: privatización de todo tipo de activos públicos, máxima liberalización de los mercados financieros y comerciales, libre movimiento de capitales, la llegada de todo tipo de formas de gestión privadas al área pública, reducción de impuestos por sistema, la búsqueda por una inflación baja y la reducción del gasto público (Escalante, 2016). Considera un orden social determinado por el mercado, considerado como un “mecanismo para procesar información”. El mercado es soberano al proponer una nueva ética que determine qué está bien y qué no, ofrecido como la única alternativa al bienestar, por lo que el papel de la ignorancia será crucial en el pensamiento de Hayek, es una actitud arrogante por parte del ser humano intentar saber más que el mercado (Escalante, 2016: 21).

Predomina una fuerte legislación que estimule y proteja la propiedad privada y así evitar la “tragedia de los bienes comunes”, y generar, según afirma la teoría neoliberal, la creación de riqueza como sinónimo de progreso y bienestar para la población. “La

suposición de que las libertades individuales se garantizan mediante la libertad de mercado y de comercio es un rasgo cardinal del pensamiento neoliberal”, postura que ha dominado desde la década de los setenta en adelante (Harvey, 2005: 13, 74). Así, se ampara bajo la concepción “de la superioridad técnica, moral, lógica, de lo privado sobre lo público”, que se presupone casi propenso a ser corrupto por definición (Escalante, 2016: 21). La reducción de impuestos, sobre todo, relacionados con la actividad comercial: bajos aranceles, además de otros privilegios fiscales, la libertad de movimiento de capitales sin regulación, sobre las rentas altas, sobre la propiedad y sobre la riqueza (Duménil y Lévy, 2004; Piketty y Saez, 2003, *apud* Harley, 2005).

3.4. Fundamentos culturales

Acortar los plazos de tiempo es una característica clave del neoliberalismo y solapa perfectamente con la “condición posmoderna”, entendida como aquella, cuyo contrato pasa de indefinido a temporal, reemplaza a “las instituciones permanentes en la esfera profesional, emocional, sexual, cultural, internacional y familiar, así como de los asuntos políticos” (Lyotard, 1984: 66, *apud* Harvey, 2005: 8). Las necesidades de extensión del neoliberalismo requerían de romper el sentido común previo, es decir, un sentido con unos niveles aceptables de pensamiento social. Para ello, requería la ayuda de, entre otros mecanismos, de los intelectuales. La situación permitía a estos la declaración de recetas radicales, que sonaban imposibles, y adquirieron un perfil de rebeldes, sin las ataduras de la responsabilidad política, podían aventurarse a proclamarse contra el orden establecido (Escalante, 2016).

3.5. Fundamentos filosóficos

Como implicación procedente de la garantía de la libertad individual es que cada sujeto es responsable de sus propios actos, lo que da pie a poner en duda la función de los servicios de seguridad social. Por otra parte, también será valorado el éxito a partir de los aciertos empresariales, por lo que se dejan fuera otros factores; como las ventajas del sistema. No obstante, también existe la perspectiva contraria, quienes no acierten en sus decisiones, se quedan fuera. Así, el concepto de responsabilidad adquiere una doble vertiente negativa: por un lado, el Estado se desvincula de su tutela y por otro deja fácil el camino hacia el empobrecimiento. Por otra parte, un exceso en consideración con la

libertad individual se hace difícilmente compaginable con la imposición de la economía de mercado, así cuanto más énfasis se le destina a la libertad individual, más antidemocrática se vuelve. El individualismo radical va a ser una de sus características basado a partir de su implantación de idea de Naturaleza Humana que sitúa al humano como un ser competitivo en busca de su propio interés y del máximo beneficio. (Escalante, 2016; Navarro, 2002, *apud* Harvey, 2005).

3.6. Fundamentos educativos

Sus fundamentos no van a ser ajenos al resto de características que ya hemos comentado: una gran parte del debate se relaciona alrededor del discurso de calidad educativa. Sin embargo, la visión educativa en concepto de calidad va a generar una serie de consecuencias como la intensificación deformada del fracaso escolar, la culpabilización del alumnado y del profesor, la separación entre centros escolares, la devaluación del nivel extra de formación que necesita el profesorado, una educación en función de la financiación del centro, el exceso de burocracia y los cambios de valores humanos por mercantiles (Aróstegui y Martínez, 2008).

3.7. Estado neoliberal

Desde su origen, los teóricos de la ideología neoliberal no confían en la democracia, las decisiones tomadas por la mayoría se aprecian como un ataque contra la libertad individual y las libertades constitucionales. Sin embargo, los neoliberales prefieren formas de gobierno oligárquicas y tecnocráticas –, es decir, quienes acumulan capital y controlan una gran parte de la economía y el derecho respectivamente–, mediante un sistema representativo y, preferentemente, que tome decisiones a partir del ejecutivo y no en sede parlamentaria. El neoliberalismo tiende a escindir ciertas instituciones de las decisiones democráticas, –e incluso a fundar sus propios órganos supranacionales–. También tiene que generar un marco legal óptimo que proteja y estimule la propiedad privada, un marco de contratos inviolables y el monopolio de violencia (Nocick, 1977; Clarke, 1991; Chang, 2003, *apud* Harvey, 2005).

El Estado neoliberal mantiene algunas diferencias con el Estado liberal. La más llamativa hace referencia a las inversiones equivocadas: bajo el liberalismo, el

prestamista asume el riesgo de una mala inversión, pero en el Estado neoliberal los prestatarios tienen la obligación de pagar sin importar las consecuencias. Como han demostrado Duméil y Lévy, durante los 80 y 90, los dueños del capital estadounidense extrajeron mucho beneficio de sus inversiones en el extranjero que las obtenidas en su propio territorio (Duméil y Lévy, 2004, *apud* Harvey, 2005).

3.8. Incongruencias

En primer lugar, el rigor científico de su enfoque neoclásico de la economía no está acorde con la defensa de la libertad individual, al igual que ocurre con su visión negativa del Estado y su necesidad de este para el mantenimiento de la legislación que facilite el libre mercado, la propiedad privada y el orden social. Se puede afirmar, en la línea de Chang, que su teoría no es “enteramente coherente”. Por otra parte, también hay que distinguir entre su marco teórico y su práctica real, como advierte Peck, ya que el neoliberalismo ha tendido a absorber otros elementos que no les pertenecían. De igual forma, dudosa puede ser la “ficción jurídica” de considerar a las empresas como individuos, –pero con mejores ventajas que estos últimos– (Chang, 2003; Peck, 2004, *apud* Harvey, 2005: 27-28).

Polanyi realmente creía que la sociedad industrial podía dar un paso hacia el futuro manteniendo la libertad y la justicia; sin embargo, esta transición estaba limitada por el “utopismo liberal” y su moral: la idea neoliberal de que la reglamentación es la negación de la libertad genera una nueva ética, la del mercado y la libre empresa, así, la idea de libertad degenera hacia la idea de libertad de empresa y esto significa que la plena libertad la obtienen aquellos “cuya renta, ocio y seguridad no necesitan aumentarse y apenas una miseria de libertad para el pueblo, que en vano puede intentar hacer uso de sus derechos democráticos para resguardarse del poder de los dueños de la propiedad”. Esta utopía solo puede mantenerse indefinidamente a partir de la violencia, por lo que puede abocar en “autoritarismo” o “fascismo absoluto” (Polanyi, 1954, *apud* Harvey, 2005: 44).

Al mercado, de forma errónea, se le considera un orden espontáneo, comprendido a partir de las leyes naturales, de forma que para reproducir sistemas complejos, es mejor dejar que la economía decida, en vez de una serie de normas relacionadas con la

gestión de sistemas complejos de organización social. Es moralmente preferible el mercado, porque no requiere coerción. Sin embargo, presenta dos puntos débiles: primero, si obedece al azar y no hay nada calculado, todo es espontáneo, ¿de qué manera se alcanza cualquier meta de forma eficiente?; y, segundo, más obvio, es que el mercado, que es artificial, depende de un marco legislativo que ha sido creado, no aparece de forma espontánea: “El camino hacia el libre mercado se ha mantenido abierto, mediante un aumento enorme de la intervención centralmente organizada, para vencer la resistencia social” (Polanyi, 1944, *apud* Escalante, 2016: 64).

La teoría general del Estado, a grandes rasgos, presenta varias contradicciones: por un lado, el liberalismo es antimonopolista, no obstante, genera oligopolios, que no son de importancia, según sus ideólogos, siempre y cuando haya libre acceso a la competencia; por otra parte, no se reconoce la responsabilidad del total de los de la actividad empresarial para evadir que influya en el sistema de precios, asimismo ocurre con la contaminación medioambiental; su modelo económico parte de un individuo racional, de simetría de poder o de información y actúan en el mismo tiempo, no obstante, raramente ocurre esto, en palabras de Stiglitz; y, para finalizar, también se presenta una contradicción entre el individualismo radical y la promesa de una vida colectiva equilibrada (Stiglitz, 2003, *apud* Harvey, 2005).

4. Fabricación del consentimiento

Para que una forma pensamiento, una ideología, se instaure como dominante se tiene que presentar sugerentemente para nuestros apetitos, intuiciones, valores y deseos, además de ajustarse a la realidad que vivimos: “Si esto se logra, este aparato conceptual se injerta de tal modo en el sentido común que pasa a ser asumido como algo dado y no cuestionable”. Son la libertad y la dignidad individual “los valores centrales de la civilización”, valores que se veían amenazados por la intervención estatal (Harvey, 2005: 11).

Gran parte del éxito neoliberal se basa en la fabricación de un sentido común a partir del lenguaje. Ya se asumía, desde sus primeros teóricos, que sería difícil y costaría varias generaciones lograrlo; no obstante, *Mont Pelerin Society* y sus mecanismos de difusión estaban dando sus frutos; además, el *keynesianismo* llegaba a

su fin. Llegaba el momento de poner en práctica la fabricación de la conformidad y serían Thatcher y Reagan los primeros en extender el neoliberalismo en sociedades democráticas. Sin embargo, será durante la década de los setenta cuando se identificarán mejor las bases materiales de la fabricación del consentimiento a partir de los hábitos de la vida cotidiana: bajo el capitalismo de esta década fue el momento en el que penetró en el sentido común hasta ser considerado como el único sistema posible, el sistema natural de orden social (Harvey, 2005).

Una de las características del consentimiento es el sentido común, como ya se ha dicho, “el sentido poseído en común”, pero es distinto del “buen juicio”, basado en una mirada crítica a la actualidad. Además, se construye a partir de la socialización de prácticas culturales enraizadas en tradiciones. Así, la religión o la patria, y los miedos pueden ser usados como máscara para el ocultamiento de realidades (Gramsci, 1971: 149, 321-343, *apud* Harvey, 2005: 47-48).

Una pequeña elite de la población requería de un consenso mínimo para poder restaurar su poder de clase. Gran influencia obtuvo la *larga marcha* de difusión de ideas neoliberales a través de *think-tanks*, universidades, escuelas, iglesias, cámaras de comercio, medios de comunicación, etc. hasta llegar a la captación de partidos políticos. El apoyo de los partidos políticos conservadores, como el Partido Republicano, ofrecen una ayuda para conseguir los fines del neoliberalismo desde el punto de visto electoral, ya que tienen una homogeneidad creada a partir de valores culturales, religiosos y tradicionales. No obstante, aún con el sector conservador de la población no había consenso suficiente y se recurrió a una alianza con la derecha cristiana con una amplia mayoría moral; por su parte, también se apeló a un mensaje nacionalista cultural destinado a la clase media blanca y su superioridad. Su base política se podía movilizar a partir de un discurso positivo de religión o nacionalismo; no obstante, también presente la cara opuesta si se acude al racismo, la homofobia o el antifeminismo. En conclusión, la fusión ente conservadores, la derecha cristiana y las grandes empresas forman el consenso que hoy conocemos (Harvey, 2005).

Por otra parte, eso no significa que el Partido Demócrata haya sido ajeno a las influencias del neoliberalismo. Dicho partido es, en palabras de Edsall, “ideológicamente ambivalente”, lo que explica que sus vínculos con ciertos colectivos,

como negros, mujeres, migrados, etc. sea inestable; además, ninguno de ellos es en número superior al resto, es decir, no tiene la homogeneidad suficiente para generar un consenso. De igual modo, pese a no tener una base popular amplia, tampoco podía llevar a cabo una política anticapitalista, porque aceptaban donaciones cuantiosas procedentes de los intereses del capital. Stiglitz, perteneciente al gabinete económico de Bill Clinton, nos resume la anterior idea: “nos las arreglamos para ir apretando el cinturón a los pobres a medida que aflojábamos el de los ricos” (Edsall, 1985: 235; Stiglitz, 2003: 108, *apud* Harvey, 2005: 58-60).

Una mirada más cercana a la actualidad, podemos ver cómo los neoconservadores han intervenido en la toma de decisiones, en parte, motivados porque, al igual que el neoliberalismo, su ideario contempla como pilares “el poder corporativo, la empresa privada y la restauración del poder de clase”, –por lo que el ideario neoliberal encaja a la perfección–, además, también desconfía de la democracia; no obstante, le aleja del neoliberalismo puro, sobre todo, en dos aspectos: la preocupación del orden social derivado de la libertad de mercado, lo que se soluciona con la militarización ante los intereses individuales; y, por otra parte, el individualismo sin moral, pues proponen la creación de una serie de valores, de una comunidad moral, que amortigüe el caos procedente del exceso de libertad individual. Pese a las diferencias, su presencia no se separa de la retórica neoliberal. Acudir a los valores como el nacionalismo cultural, la superioridad moral y el cristianismo se mantendrán en esta relación, al igual que ocurrió con los conservadores en los años setenta, manteniendo sus implicaciones: valores familiares, los derechos de los homosexuales, el feminismo, etc. (Hofstadter, 1996, *apud* Harley, 2005: 91).

La retórica neoliberal y su estandarte basado en la libertad individual se iba a apropiarse de muchos movimientos como el libertarismo, la lucha por los derechos civiles, el multiculturalismo, la libertad sexual, los derechos reproductivos, etc.; y, además, la empresa, y el mercado, capitalista tenía que ser revisada: el neoliberalismo ofrecía un ideario que, oponiéndolo a la regulación del Estado, podía mantener e incluso recuperar un sistema de clases. Así, “la neoliberalización requería tanto política como económicamente la construcción de una cultura populista neoliberal basada en un mercado de consumismo diferenciado y en el libertarismo individual”. Podemos poner

como ejemplo, si atendemos a la opinión de Court, la rápida difusión a través de las cámaras de comercio y el papel de la empresa a partir de una carta de Lewis Powell, antes de ser encumbrado al Tribunal Supremo, decía así: “había llegado el momento para que la sabiduría, la inteligencia y los recursos de las empresas estadounidenses pudieran ser lanzados contra aquellos que la destruían” (Court, 2003: 33-38, *apud* Harvey, 2005: 50-51).

5. Análisis sociolingüístico intra, inter y extratextual: Hitos discursivos recientes del neoliberalismo

No se puede dudar de la capacidad del lenguaje como mecanismo movilizador, disciplinador e inhibitorio: la creación de construcciones mentales que expliquen la realidad será fundamental para mantener, e incluso restaurar el poder de clase. Como fin, vamos a realizar un análisis sociolingüístico de la intratextualidad, la intertextualidad y extratextual de la retórica neoliberal a partir de declaraciones de sus defensores. Aunque se suele relacionar el neoliberalismo únicamente con un modelo económico y su teoría de Estado, la realidad es que tiene alcance mucho más allá de indicadores económicos, sino que tiene repercusión en otras áreas de la vida social como la ética, la cultura o la educación. Para nuestro propósito partimos de las tres perspectivas propuestas por Eco, dedicado sobre todo a la sociometafórica; y, para las estructuras extratextuales, es decir, aquellas que hacen referencia a valores culturales, acudiremos a la noción de violencia simbólica de Pierre Bourdieu, de sentido común, a partir de Gramsci, y la semiótica asignificante según Lazzarato.

En 1979, Margaret Thatcher fue elegida electa en Gran Bretaña y actuó con gran determinación desde su llegada. Sus propósitos chocaban frontalmente con el Estado del bienestar, el colectivismo, los sindicatos, la intervención pública del Estado en la economía, la solidaridad social, etc. Existe una cita célebre, leída en su funeral, que dice así: no existe “eso que se llama sociedad, sino únicamente hombre y mujeres individuales... y sus familias” (Yergin y Stanislaw, 1998, *apud* Harvey, 2005: 29).

La cita comienza con el uso del adjetivo demostrativo *eso*, destinado, entre otros significados, a generar desprecio. Según la RAE, una de las acepciones es “menosprecio respecto de algo o de alguien”. También podría ser “que va a ser mencionado” y no

adquirir importancia; no obstante, parte del ideario neoliberal es la negación de la sociedad y el enaltecimiento del individualismo, representado a partir de la libertad individual por encima de los derechos sociales. Todo lo que se parezca a la gestión de lo público, sostenido en los derechos sociales, es sospechoso de ser corrupto (Escalante, 2016; Harvey, 2005).

Asimismo continúa: *...únicamente hombres y mujeres libres...*, destinado a integrar en el sentido común la idea de que lo no visible ni tangible *no existe*, como ocurre con la *sociedad*. La negación de la sociedad no tiene como única consecuencia reforzar el individualismo, de forma que adquiere una doble lectura, que igualmente encaja con la agenda neoliberal: la negación de cualquier uso del adjetivo social. Así, frente a las reivindicaciones de derechos sociales, la respuesta será: solo existen los derechos individuales. Por otra parte, ante la inexistencia de cualquier tipo de asistencia social, solo se puede acudir, si falla el individualismo, a la ayuda de la *familia*. Recurrir al significado de familia implica una gran carga extratextual: desde la infancia ese ha sido nuestro seguro. Reforzar los valores de la familia, será uno de los atractivos que ayudan a la fusión entre neo/conservadores y neoliberales. La eliminación de cualquier sistema de ayuda social garantiza recuperar el rol de la familia (Escalante, 2016; Harvey, 2005).

El 11 de septiembre de 2002, G. W. Bush hace un llamamiento a al resto del mundo, un año después de los atentados del 11S: “la humanidad sostiene en sus manos la oportunidad de ofrecer el triunfo de la libertad sobre todos sus enemigos seculares” (Bush, 2002:33, *apud* Harvey, 2005: 48).

Cuando se habla de *libertad*, desde el punto de vista neoliberal, se esconde otra realidad distinta: se refiere a la *libertad* de mercado. Debemos partir de la base de que cualquier tipo de intervención en la economía se considera un atentado contra la *libertad* individual. Por otra parte, esta es muchas veces incompatible con la justicia social. Volvemos a recuperar la cita de Polanyi: “la plena *libertad* para aquellos cuyos ingresos, ocio y seguridad no necesitan ser incrementados y una miseria para el pueblo” (Polanyi, 1954: 257, *apud* Harley, 2005: 202). El concepto de *libertad*, en nuestra cultura postmoderna es una forma de activación del consentimiento: nuestro sentido común nos impide renunciar a parte de esta, en beneficio de la justicia social. Al menos,

desde la óptica neoliberal, pues la realidad, es que este discurso iba destinado a generar la aceptación de las intervenciones militares en Oriente tras el 11S, por lo que se puede asumir que las sociedades no acepten la guerra de forma natural.

Ya se ha negado la *sociedad* y, para este caso, será la *humanidad* quien tiene la responsabilidad de intervenir en pro de la libertad. Si el concepto de *libertad* en este discurso se acerca a un significado vacío, cuando no esconde o genera una realidad distinta, el uso de *humanidad* no se aleja sustancialmente. Cuando invoca a la *humanidad*, a quién se refiere exactamente. Se puede plantear como una estrategia excluyente, ya que toda persona que se aleje de los propósitos de Bush, estaría en contra de la libertad y, por tanto, es *enemigo* de la *humanidad*.

El neoliberalismo coquetea con estrategias relacionadas con la activación de las pasiones a partir de estímulos del nacionalismo cultural, como ocurre en este caso, a partir de la religión. La *humanidad* en nombre de la *libertad* debe enfrentarse a su *enemigo secular*. Según la RAE, entre sus acepciones, acoge el significado “no religioso”, como sinónimo de seglar, es decir, “que no tiene órdenes clericales”. Tachar al *enemigo* a partir de un adjetivo como *secular*, puede leerse a partir de varias perspectivas. Por un lado, todas aquellas personas que no pertenecen a la religión cristiana, incluso ateos, no solo la apariencia de un ataque contra el mundo islámico. En segundo lugar, el *enemigo* puede estar tanto en casa como en el extranjero, es decir, toda aquella persona que no cumpla con los valores de la civilización. Si miramos con mayor amplitud la metáfora, este *enemigo* puede extenderse más allá del mundo militar y del mundo religioso: también puede serlo quien no crea en la madre de las ciencias, la economía; por ejemplo, el antisistema, aunque también podríamos ejemplificarlo en el disidente, precisamente por el matiz que los separa, cuando filosóficamente son lo mismo, ambos disienten de un sistema establecido, el segundo es considerado desde los ojos del sistema dominante como una persona que ha sufrido injusticias, mientras que el primero es un terrorista. La metáfora *enemigos seculares* tiene una gran potencia para fabricar una realidad que guíe nuestras decisiones u nuestras expectativas, tiene un gran poder intratextual como recurso retórico. Por otro lado, va destinado a generar divisiones a partir del miedo, a partir de la explotación de la diferencia del otro, debido al poder simbólico camuflado bajo la religión y la existencia de un modelo cultural dado

que es perceptible por el resto de la sociedad, por lo que su grado de extratextualidad también es elevado.

En 2014 se firmó el “Manifiesto de los libres e iguales”: ya el título nos informa de que no firmarlo significa estar en contra de la libertad y la igualdad. Entre los miembros se encuentran Mario Vargas Llosa, Jon Juaristi, Fernando Savater o Félix de Azúa, entre otros ilustres. Su principal objetivo: hacer un llamamiento contra el independentismo catalán. Otro de sus propósitos era contar con el apoyo de los partidos constitucionalistas en busca de la unidad del país, en la búsqueda de un consenso (Sánchez-Cuenca, 2016). No sería descabellado pensar que desde tal fecha, una de las funciones políticas era, entre otros planes, el bloqueo de cualquier cambio constitucional. Puesto en contexto, no se aleja mucho de la necesidad de una legislación fuerte que fomente algunos de los paradigmas neoliberales como la propiedad privada; por otro lado, también bloquear posibles cambios en beneficio de los derechos sociales.

En los siguientes párrafos vamos a ver algunas de las declaraciones, en diversos medios de comunicación, de algunos de los firmantes del manifiesto y su relación con las estrategias semióticas comentadas y, a su vez, con el neoliberalismo y sus fundamentos analizados previamente.

Juaristi, columnista del periódico *ABC*, relata así, en un artículo titulado “Migraciones” y publicado en septiembre de 2015, su parecer y qué cautela tendría que tomar la población europea ante la crisis de los refugiados sirios:

*¿Qué saben los fugitivos sirios? Saben que llegar al corazón de la Europa rica requiere llegar antes al corazón de los europeos, y por eso traen niños. Niños que arrojan al otro lado de las fronteras teóricamente infranqueables o que tumban en las vías del tren. Saben que, allá en su tierra de origen, estos efectos patéticos (codificados en una retórica de la desesperación) no valen con asesinos baasistas o yihadistas, a los que un niños más, niño menos, importa muy poco, pero a los europeos les despiertan sentimientos de culpa que deben eliminar cuanto antes porque están convencidos de que la culpa es tóxica y produce cáncer (Juaristi, J. “Migraciones”, *ABC*, 7/9/2015, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 7-8).*

El autor nos aleja de la idea de la existencia de una guerra, en ningún momento hay rastro de qué un desastre así pueda ocurrir. Podríamos pensar que la aparición en escena de grupos terroristas islámicos, con el fin de articular una respuesta irracional en

el receptor del mensaje a partir de valores religiosos y este se engulla buscar responsables únicamente más allá de nuestras *fronteras*, sin dedicar una mirada crítica a la actualidad y a la historia europea en Oriente Próximo. Si seguimos la definición de la RAE, un *fugitivo* es aquel que “huye y se esconde”, que “pasa aprisa y como huyendo” o “caduco, perecedero”. Parte del sentido adquiere connotaciones de una persona que huye y se esconde, porque puede haber hecho algo malo. Sin embargo, Juaristi deja fuera de la fórmula la triple amenaza siria: una guerra civil, grupos terroristas sobre el terreno y los intereses internacionales respecto a Siria. Así, un refugiado es una “persona que, a consecuencia de guerras, revoluciones o persecuciones políticas, se ve obligada a buscar refugio en otro país”, según la RAE, –habría gustado escribir refugiado en cursiva–. En este caso, la metáfora del refugiado encarnado en la piel de un *fugitivo* tiene un alto valor intratextual que puede condicionar nuestra forma de acercarnos de forma crítica a la grave actualidad de Siria, y Oriente Próximo en general.

Una forma de reafirmar nuestra incumbencia en los asuntos sirios, es alejarnos de *sentimientos de culpa*, ya que esta es *tóxica*, que degenera en *cáncer*, y será usada para llegar hasta nuestro *corazón*. Para llegar a nuestro *corazón* usan *niños* como escudos humanos. En este sentido, no cabe duda de que un padre y/o una madre no dejan a sus hijos en el terreno del conflicto, más bien, la tendencias suele ser a la inversa, y, por otra parte, para Juaristi el conflicto, de existir, es un problema ajeno: la eliminación de la solidaridad del vínculo social es parte del ideario neoliberal.

Podemos encontrar otro ejemplo ilustrativo de empatía, de entre los firmantes del manifiesto y de los intelectuales referentes en España, el filósofo Fernando Savater. Pueden existir algunos argumentos válidos para defender el toreo; no obstante, “tuvo la ocurrencia de defender las corridas en estos términos”:

Si a alguno de los seis millones de parados que hay en este momento en el país se les ofreciese llevar la vida de un toro bravo, es decir, vivir en uno de los paisajes más hermosos durante prácticamente toda su existencia, tratado con mimo y con todo tipo de comodidades, perteneciendo a una clase de la que solo una ínfima minoría va a ir a la plaza y, luego, como pago de eso, solamente pasar los últimos quince minutos de la vida malos, que son probablemente muchos menos de los que pasaremos nosotros en nuestra vida, habría gente, a montones, que por tener esa oportunidad aceptaría la vida del toro bravo (Fernando Savater, noticia cubierta en ABC, 15/5/2013, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 9).

Tenemos ante nosotros un claro ejemplo de intertextualidad y de extratextualidad: el primero hace referencia al recurso de establecer una analogía entre el parado y la plácida vida de un toro bravo; y, el segundo lugar, porque se acude a un ejemplo de nacionalismo cultural para activar una reacción emocional. El propósito de Savater es vincular el viejo tópico de la buena vida del toro con la relajación del *parado*, como arma argumental para poder hacer uso del tópico y esconder una mirada crítica a la realidad y los motivos del desempleo. En este caso, ante una situación cotidiana en la que aparezca el tema del desempleo, no sería raro pensar que el imaginario colectivo acuda a este tópico durante una conversación acerca del paro. Por otra parte, podríamos analizar qué diferencia existe entre el *parado* y el desempleado, según la RAE: el primero, entre sus acepciones, incluye cierto espacio para la voluntariedad, es decir, “sin ejercicio” o “desocupado”; no obstante, el segundo término obliga a admitir “el paro forzoso”. Podría parecer casual, pero si el ideario en cuestión considera que el desempleo es voluntario, dicho término será omitido cuantas veces sea posible, de forma que queden puertas abiertas a cierto grado de voluntariedad. Puede parecer alejado de la realidad, pero la comparación entre la plácida vida del toro, sin entrar en el debate sobre la tauromaquia, y la desesperación del *parado*, cuanto menos, no es afortunada.

Poco a poco, vamos acercándonos a una de las ideas básicas del neoliberalismo, el individualismo, esta vez, a cargo de Félix de Azúa, un representante de las élites españolas y miembro de Ciudadanos, nos aconsejaba así:

Un individualismo radical es la única salida que concibo para las tribulaciones que se avecinan. Eso es, para mí, la política en su sentido más honesto: lo que cada cual lleva a cabo desde su responsabilidad, con imaginación e iniciativas para impedir los atropellos del poder (Azúa, de 2013: 17, apud Sánchez-Cuenca, 2016:17).

Si seguimos por la línea del individualismo, encontramos al intelectual que se planta ante el Estado, irreverente y anti-burócrata, que propone la vía regeneracionista a través de la individualidad: “Todos estamos mintiendo al hablar de regeneración, puesto que nadie piensa en serio en regenerarse a sí mismo”. De nuevo, la incapacidad de explicar los motivos de los problemas en clave empírica (Andreu Navarra, 2015: 231

apud Sánchez-Cuenca, 2012, 44-45), se recurre a la culpa del individuo frente a la posible responsabilidad de los mercados.

Si la regeneración de la persona es posible, la actividad política depende de personas, en tal caso, podría ser ejercida de forma correcta y no debería haber mayor problema; sin embargo, para el papel del político no hay concesión ninguna. Así podemos leer a Javier Marías, miembro de la Real Academia de la Lengua, en *El País Semanal*:

*Esa es la manera en que se ejerce el poder en España en la actualidad – puro caciquismo–, y más si se posee la mayoría absoluta. [...] No me importa incumplir mis promesas y engañar, me trae sin cuidado a quién dañe y a cuántos, el perjuicio irreversible que cause a mi país. Voy a poner a España a mi gusto y al de los míos, en contra de la opinión de los médicos, los profesores, estudiantes, [...]. Ya se me ocurrirá un nuevo fraude, cuando toque volver a votar (Marías, J, “Entre el ridículo y la mansedumbre”, *El País semanal*, 26/1/2017, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 47).*

Si seguimos la línea de acudir al desprestigio político, encontramos diversas declaraciones, como las expuestas por Arturo Pérez-Reverte, en 2009, en un artículo titulado “Gentuza”:

*Hay coches oficiales con sus conductores y escoltas, periodistas dando los últimos canutazos juntos a la verja, y un tropel de individuos de ambos sexos, encorbatados ellos y peripuestas ellas, saliendo del recinto con los aires que ustedes pueden imaginar. No identifico a ninguno, y apenas veo los telediarios; pero al pájaro se le reconoce por la cagada. Van pavoneándose graves, importantes, seguros de su papel en los destinos de España, [...]. No pocos salen arrogantes y sobrados como estrellas de la tele, con trajes a medida, zapatos caros y maneras afectadas de nuevos ricos. Oportunistas advenedizos [...]. Diputados, nada menos. Sin tener algunos, el bachillerato. Ni haber trabajado en su vida. Desconociendo lo que es madruga para fichar a las nueve de la mañana, o buscar curro fuera de la protección del partido [...] (Arturo Pérez-Reverte, “Esa gentuza”, *El Semanal*, 5/7/2009, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 48-49).*

En la misma línea podemos encontrar a Félix de Azúa, miembro de Ciudadanos en un artículo publicado en *El País*, con connotaciones apocalípticas sobre la clase política:

Los políticos profesionales están demasiado corrompidos o dependen tan exageradamente de sus privilegios que no van a resolver la situación, sino a prolongarla cuanto puedan. A semejanza de sus colegas italianos, no tienen

interés en que nada cambie. Algunas regiones, como Andalucía o Cataluña, arrastran una población cautiva de la corrupción tan enorme como para garantizar la perpetuación de los corruptos en el poder. Y en las zonas más agrestes y reaccionarias, como el País Vasco, los oligarcas locales han llegado a la conclusión de que es el momento de quedar con la finca (De Azúa, 2013: 15, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 51).

Secunda la idea del nacionalismo como mal superior, Mario Vargas Llosa, premio Nobel de literatura, en varias declaraciones afirma: “El nacionalismo es un regreso a la tribu para eludir la propia responsabilidad, es una tara que hay que combatir con la cultura”. En este caso, la doctrina tribal que relaciona el escritor con el nacionalismo procede *La sociedad abierta y sus enemigos* que ya tratamos anteriormente y, por otra parte, Jon Juristi tituló a una de sus obras *La tribu atribulada*. Se sabe que cualquier tipo de organización moderna requiere de “dar la vida”, es decir, el pago de impuestos y sacrificios por sujetos que no conocen y están presentes en común dentro del mismo colectivo; no obstante, la organización tribal se producen a partir de linajes y no desarrollan labores hacia un colectivo desconocido (Sánchez-Cuenca, 2016: 132-133).

Todo lo que era sólido, de Antonio Muñoz Molina es un ensayo que tiene la intención de explicar la crisis a partir de un discurso destinado a provocar la empatía del lector: denuncia el atraso institucional camuflado tras la bonanza económica previa a la crisis, la actitud de los políticos, los empresarios, etc. entre las causas de la crisis, por supuesto, las fiestas:

Y uno de los capítulos más incalculables del despilfarro que ahora tenemos que pagar es el del todo dinero público que desde hace treinta y dos años se ha gastado en fiestas, en fiestas municipales y comarcales, en fiestas de barrio, en carnavales, fiestas de la primavera, en fallas y sanfermines y ferias de Sevilla y en imitaciones de la feria de Sevilla (Muñoz, 2013: 58, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 155-156).

A partir de los presupuestos del ayuntamiento de Sevilla, ciudad nombrada en la cita, respecto al año 2012, se publica el gasto en festejos: alrededor de 4 millones de euros. Si se encuadra en un presupuesto de unos 800 millones de euros, sería algo así como el 1% del presupuesto total. Aplicado al número de ciudadanos, saldrían a 12 euros por persona; aplicada al monto nacional, ocuparía el 0,18% del PIB. Es decir, el Estado gastaría aproximadamente el 0,18 %, si lo comparamos con el déficit público, del 10,3% del PIB, dista mucho de ser uno de los motivos de la crisis; y, por otra parte,

500 millones de euros en fiestas, puede parecer gran cantidad, pero no es nada comparado con el rescate a *Bankia*, de 20 mil millones de euros. Si el problema es el control de la deuda pública, podemos aportar más datos; por ejemplo, en 2010, la deuda de las empresas era, respecto del PIB, del 200%, la de los hogares del 90% y la del Estado del 60% (Sánchez-Cuenca, 2016: 156-158).

Otra de las cuestiones importantes hace referencia a que no se observara la llegada de una crisis. A las puertas de esta, el economista José Carlos Díez realizó un trabajo, cuyas conclusiones relataban tres falsos mitos, entre ellos, la existencia de una burbuja:

Si incorporamos al análisis el aumento de renta que han registrado las familias españolas y, sobre todo, la mayor accesibilidad al crédito hipotecario derivado de los bajos tipos de interés y del mayor plazo de las hipotecas, podemos descartar con mucha fiabilidad que nos encontremos ante la existencia de una enorme burbuja inmobiliaria (Díez, 2007: 92, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 159).

Por otra parte, Muñoz Molina explica el porqué del desconocimiento de la burbuja a partir de la crispación en el conjunto de la sociedad española durante la época de bonanza, el terrorismo o el debate sobre la memoria histórica. Leemos lo siguiente:

Algo que cuesta recordar de ese pasado de hace tan poco tiempo es la obsesión que había en él por el pasado. Ahora nos damos cuenta de que había una especie de velo que impedía ver la realidad inmediata y presente, pero quizás eso sea propio de cualquier época en la que se vive en el interior de una burbuja económica (Muñoz, 2013: 13, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 155-156).

César Molinas, en *Qué hacer con España*, ha tratado de relacionar la aparición de la burbuja inmobiliaria con el papel del político: “la clase política genera burbujas de manera compulsiva. Y lo hace no tanto por ignorancia o por incompetencia como porque en todas de ellas hay capturas de rentas”. Para Molinas, la clase política española se catalogaría como “élite extractiva”, es decir, “que extraen rentas en su propio beneficio”; por otra parte, las responsabilidades pueden estar compartidas, ya que la capacidad de “enfriar la economía, la fijación del tipo de interés, estaba en manos del Banco Central europeo” que estimulaba condiciones favorables a los países del Norte, con exceso de ahorro, y, por su parte, el Banco de España negaba la existencia de una burbuja (Molinas, 2013: 173, apud Sánchez-Cuenca, 2016: 192).

En general, podemos encontrar varios sesgos en el análisis de *Todo lo que era sólido*, y otras obras similares como *Qué hacer con España. Del capitalismo castizo a la refundación del país* y *El dilema de España*. El primer punto débil que encontramos en los diversos argumentos ignoran los problemas distributivos, inconveniente que puede imposibilitar la puesta en marcha de reformas destinadas a mejorar la eficiencia económica y política. El segundo contra se refiere a la visión simplista de que un cambio institucional puede provocar cambios profundos en las conductas sociales y, por último, el tercer sesgo, que explica la poca vista hacia el exterior que hacen las élites a la hora de reformar España, es decir, las soluciones comienzan y terminan en la propia nación (Sánchez-Cuenca, 2016).

Otro sesgo que se puede encontrar en el reformismo liberal genera la teoría de que España tiene un sistema institucional atrasado, corrupto, con demasiado poder para los partidos tradicionales, con los mecanismos de control amañados, etc. y, con ello, cerrando las vías de cambio. Promueve la desafección política, “cierto espíritu antipolítico”, y fomentan algunos bulos que no son correctos.

El primero de ellos hace referencia a la cifra de políticos que encontramos en España y su nivel de formación. Para el primer caso, César Molinas y Elisa de Nuez publican “¿Por qué hay que cambiar los partidos políticos?”, en 2013, en *El País*. Se afirma que la cifra ronda los 300.000 políticos, aunque incluyen a personas que han obtenido un “puesto de trabajo –de director general o de conserje– ha sido obtenido por motivos políticos”. Ferrán Martínez lo desmiente y apunta que la cifra ronda los 68.000 concejales, de los cuales el 90% aproximadamente no cobra, y, aún sumando cargos cercanos, difícilmente se llegaría a la cifra de 160 mil cargos (Molinas, 2013: 171; Martínez, F. “¿Cuántos políticos hay en España?”, *eldiario.es*, 29/5/2003, *apud* Sánchez-Cuenca, 2016).

El segundo hace referencia a la formación de estos, cuya respuesta viene a cargo de Juan Rodríguez Teruel quien ha demostrado “que el 81% de los diputados autonómicos, el 90% de los diputados y senadores nacionales y el 95% de los ministros de la etapa democrática tienen títulos universitarios” (Rodríguez, J. “Los ministros del sur de Europa tienen más títulos universitarios”, *eldiario.es*, 6/3/2014, *apud* Sánchez-Cuenca, 2016: 191-192).

6. Conclusiones

6. 1. Los efectos en la desigualdad, la pobreza y la redistribución de la riqueza se han repetido tanto a lo largo de las experiencias neoliberales, que se puede llegar a afirmar que es un rasgo estructural del propio sistema. Es la prueba de que los resultados reales del neoliberalismo se alejan mucho de sus propuestas teóricas, de un progreso para todos, se pasa a la restauración del poder de clase (Harvey, 2005). Ante un plano ético, la pobreza se ha podido explicar a partir de diversas causas, pero siempre entraba la injusticia como parte de la fórmula; sin embargo, el discurso neoliberal ha transformado la pobreza y la desigualdad en una causa de la falta de eficiencia.

Una vez derribado el telón de acero que dividía el mundo entre este y oeste, sigue patente la gran división entre el norte y el sur. Una de las contradicciones básicas en el neoliberalismo es que su sistema no está para el beneficio de todo el mundo: tiene argumentos para justificar las desigualdades desde diferentes vertientes. Sirve como ejemplo la creación de la Organización Mundial del Comercio, durante los noventa, con el fin de establecer reglas para el comercio global; no obstante, sus políticas financieras afianzaron el poder del norte para extraer tributos del sur (Harley, 2005).

6. 2. Trae como consecuencia, la restauración del poder de clase, pero redefinido de otra forma: ya no son los lazos de sangre o el poder aristocrático, sino que se trata de vínculos relacionados con el mundo empresarial. Aunque no es homogénea, se pueden extraer algunas características generales: sus beneficios corren a cargo de los privilegios derivados de la propiedad y la gestión de empresas, pero esta vez a través de los derechos de compra sobre las acciones, de forma que ya no es la producción quien genera la riqueza, sino el valor de las acciones, estos son los directivos y jefes de las secciones financieras. Por otro lado, la restauración del poder de clase no significa que sean las mismas personas que perdieron renta durante mediados del siglo XX quienes recuperen su poder económico, sino hace referencia a la restauración de una sistema de poder de clase, aunque otras personas ocupen este espacio; por ejemplo, eso ha ocurrido con los dueños de las nuevas empresas tecnológicas, como Bill Gates. Por último, el debate se encamina hacia la siguiente pregunta: ¿el poder de clase se ejerce en un

Estado-nación o es transnacional? En este sentido, se reconoce que la clase neoliberal, y capitalista en general, puede alimentarse de un aparato estatal; no obstante, en las últimas décadas se han extendido las conexiones internacionales, hasta qué punto pueden ejercer su poder en varios Estados simultáneamente (Harvey, 2005).

Puede ser que se dude de la capacidad de lucha de clase que pueda tener el mundo empresarial, o incluso que se niegue la existencia de clase. En este sentido, se une al llamamiento de Lewis Powell a la Cámara de Comercio, la opinión de Thomas Edsall:

Durante la década de 1970, las empresas afinaron su capacidad para actuar como clase, sacrificando su instinto competitivo a favor de la unidad y de una actuación cooperadora en la arena legislativa. [...] interés compartido por echar por tierra leyes como las destinadas a proteger los derechos de los consumidores y por sacar adelante la reforma legislativa laboral, así como la promulgación de una legislación reguladora, antimonopolista y fiscal que les fuera más favorable (Edsall, 1985: 128, apud Harvey, 2005: 57).

6. 3. El Estado neoliberal ha traído consigo la separación de la sociedad civil de la práctica política. La idea gramsciana de Estado como nexo entre la sociedad política y la sociedad civil, ha sido sustituida por una idea de Estado, cuya sociedad civil “como centro de oposición, si no como fuente de una alternativa al Estado”. Por otra parte, como ya comentamos, se aleja del Estado liberal, cuyos inversores asumían el riesgo de sus jugadas empresariales. Por último, tal y como aseguran muchas corrientes de izquierdas, el papel del Estado ha finalizado; no obstante, existen evidencias para hacer pensar que no es así: de una forma heterogénea en geografía y tiempo, todas las naciones han asumido tendencias más o menos cercanas al neoliberalismo (Roseblum y Post, 2001, *apud* Harvey, 2005:88); por ejemplo, el mercado como concepto *faire-laissez*, como concepto natural y espontáneo está lejos de la realidad, el Estado ha trabajado en sintonía con los paradigmas neoliberales, en mayor o menor grado, con lo que no es su intención acabar con él, más bien hacer que trabaje en el mismo sentido. El hecho es tal, que ahora las naciones ni la empresas son responsables de los problemas, sino el mercado, por lo que se asienta la teoría de que no existe otra alternativa (Escalante, 2016).

6.4. El mundo neoliberal no puede funcionar si conservamos la memoria. Olvidar la historia es una estrategia necesaria para generar modelos, estos, son una herramienta

indispensable para la gran ciencia: la economía. Hemos podido ver cómo la búsqueda de la memoria histórica puede interferir en las labores económicas, pero otro abandono de la memoria, o de la ignorancia, es no tener en cuenta que España es el segundo país en el ranquin de desaparecidos a nivel mundial (Escalante, 2016; Sánchez-Cuenca, 2016).

6.5. Como hemos podido observar, y hay ejemplos constantemente con ideales neoliberales, desde el discurso de la casta política, su incompetencia y su egoísmo hasta considerar que cualquier alternativa posible no existe. Existen argumentos en contra de todos los paradigmas neoliberales, desde la negación de la sociedad hasta la condición científica soberana de la economía y su traducción a través del mercado como gestor de la información. Sin embargo, su construcción lingüística le hace atractivo, casi innegable; por ejemplo, quién se opondría a la libertad o quién negaría la existencia de egoísmo en el mundo. Cada uno de los ejemplos, desde el más cercano al neoliberalismo originario, hasta los ejemplos más cercanos a nuestro tiempo y geografía, como existe una alta presencia de las actitudes neoliberales y cómo ha calado en sectores de distinta ideología y esfera social. El lenguaje se desvirtúa, se pervierte, cuando deja de ser un recurso político y se emplea como herramienta de disciplina y consentimiento por parte de los poderosos, a través del la violencia simbólica y del sentido común; como mecanismo para activar nuestras reacciones irracionales, a partir de semióticas asignificantes que se apoyan en los nacionalismos culturales para manipular la realidad; como instrumento de control mediante el miedo, a veces, de un enemigo inexistente; y como táctica para generar distancia y dependencia con el público en general. En los tiempos que corren, quizás el arma más poderosa para entender la realidad sea sustituir la inversión, por la dedicación; el mérito, por los logros; la ciencia, por los sentimientos; o el “sentido común”, por el “buen juicio” (Bourdieu, 1999; Gramsci, 2001; Lazzarato, 2012; Rivas, 2005; Romano, 2007).

7. Bibliografía

Arendt, H. (2004). *La tradición oculta*. Barcelona: Paidós.

Aróstegui, J. L. y Martínez, J. B. (2008). *Globalización, Posmodernidad y Educación*. Madrid: Akal.

Azúa, F. de (2013). *Contra Jeremías. Artículos políticos*. Barcelona: Debate.

Bauman, Z. (1997). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur.

- Blyth, M. (2002). *Great Transformations. Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1992). *Réponses*. París: Ed. du Seuil.
- Bourdieu, P. (1999). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. 2ª ed. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999a). *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Brouwer, M. T. (2002). “Weber, Schumpeter and Knight on Entrepreneurship and Economic Development”, *Journal of Evolutionary Economics*, nº 12, pp. 83-105.
- Bush, G. W. (2002). “Security Freedom’s Triumph”. *New York Times*. 11/9/2002, pp. 33.
- Carrasco, I. y Castaño, M. S. (2008). “El emprendedor schumpeteriano y el contexto social”. *Revista ICE*. Nº 845, pp. 121-122.
- Chang, H. J. (2003). *Globalisation, Economic Development and the Role of the State*. Londres: Zed Books.
- Clarke, S. (1991). *The State Debate*. Londres: Macmillan.
- Court, J. (2003). *Corporateering. How Corporate Power Steals your Personal Freedom*. Nueva York: J. P. Tarcher/Putnam.
- Díez, J. C. (2007). “El Pura Sangre español: la historia de los tres choques y de los tres mitos”. *Economía Aragonesa*.
- Duménil, G. y Lévy, D. (2004). “The Economics of U. S. Imperialism at the turn of 21st Century”. *Review of International Political Economy* XI, 4, pp. 657-676.
- Eco, U. (1993). *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.
- Edsall, T. (1985). *The New Politics of Inequality*. Cap. 2 y 3. Nueva York: Norton.
- Escalante, F. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo*. Madrid: Turner.
- Fernández, J. M. (2005). “La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica”. *Cuadernos de Trabajo Social*, vol. 18, nº7.
- Fuentes, D. y Belmonte, L. J. (2015). “La metáfora en el lenguaje económico: Una aproximación socioeconómica al concepto de burbuja inmobiliaria”. *Hispania*, vol. 18, nº 4, 762-778.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.

- Garitano, L. (2014). *El dilema de España*. Barcelona: debate.
- Goss, D. (2005). "Schumpeter's Legacy? Interaction and Emotions in the Sociology of Entrepreneurship", *Entrepreneurship Theory and Practice*, 29 (2), 205-219.
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the Prison Notebooks*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Gramsci, A. (2001). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Trad. Isidoro Flambaun. México: Pablos.
- Guattari, F. (1980). *La Révolution Moléculaire*. París: Recherches.
- Gutiérrez, A. B. (2004). "Poder, hábitos y representaciones: recorrido por el concepto de violencia simbólica en Pierre Bourdieu". *Revista Complutense de Educación*. Vol. 15, nº 1, 289-300.
- Harker, R. K. (1990). *An Introduction to the Work of Pierre Bourdieu: The Practice of Theory*. Hampshire: Palgrave MacMillan.
- Harvey, David. (2005). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hayek, F. von (1944). *Camino de servidumbre*. Chicago: Routledge, University of Chicago Press.
- Hofstadter, R. (1996). *The Paranoia in America Politics and Other Seáis*, Cambridge (MA): Harvard University Press.
- Ibáñez, J. R. (2016). *La globalización, sus consecuencias y su presencia en los países de habla inglesa*. Almería: Universidad de Almería.
- Juaristi, J. (2002). *La tribu atribulada*. Madrid: Espasa.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1991). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Lazzarato, M. (2012). "El funcionamiento de los signos y de las semióticas en el capitalismo contemporáneo". *Palabra Clave*. Vol. 15, nº 3, 713-725.
- Liotard, J. F. (1989). *The Postmodern Condition*. Manchester: Manchester University Press.
- Massumi, B. (2005). "Fear (The spectrum Said's)". *Positions. East asia cultures critique*, 13, 31-48.
- McCloskey, D. (1990). *La retórica de la economía*. Madrid: Alianza.
- Mises, L. von (1922). *Socialismo*. [Aún por completar]

- Molinas, C. (2013). *Qué hacer con España. Del capitalismo castizo a la refundación de un país*. Barcelona: Península.
- Muñoz, A. (2013). *Todo lo que era sólido*. Barcelona: Seix Barral.
- Navarra, A. (2015). *El regeneracionismo. La comunidad reformista*. Madrid: Cátedra.
- Navarro, V. (ed.) (2002). *The Political Economy of Social Inequalities. Consequences for Health and the Quality of Life*. Amityville (NY): Baywood.
- Nocick, R. (1977). *Anarchy, State and Utopia*. Nueva York: Basic Books.
- Peck, J. (2004). "Geography and Public Policy. Constructions of Neoliberalism". *Progress in Human Geography*, XXVIII, 3, pp. 392-405.
- Piketty, T. y Saez, E. (2003). "Income Inequality in the United States, 1913-1988". *Quarterly Journal of Economics*. 118, pp. 1-39.
- Polanyi, K. (1954). *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press.
- Popper, K. (1936). *La sociedad abierta y sus enemigos*. [Aún por completar]
- Poupeau, F. (1999). *Raison et domination. La philosophie à l'épreuve des sciences sociales*, mimeo.
- Ramonet, I. (2009). *La catástrofe perfecta. Crisis del siglo y refundación del porvenir*. Trad. Gabriela Villalba. Barcelona: Icaria.
- Romano García, Vicente. (2007). *La intoxicación lingüística: el uso perverso de la lengua*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Romano García, Vicente (2007a). *La formación de la mentalidad sumisa*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Rivas, A. M. (2005). "El neoliberalismo como proyecto lingüístico". *Política y cultura*. Nº 24, 9-30.
- Rosenblum, N. y Post, R. (Eds.). (2001). *Civil Society and Government*, Princeton: Princeton University Press.
- Sánchez-Cuenca, I. (2016). *La desfachatez intelectual*. Madrid: Catarata.
- Schumpeter, J. A. (1934). *The Theory of Economic Development*. Cambridge, MA: University press.
- Stiglitz, J. E. (1998). "Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el consenso post-Washington". *Desarrollo Económico*, Vol. 38, nº 151, pp. 691-722.

- Stiglitz, J. E. (2003). *The roaring Nineties*. Nueva York: Norton.
- Swartz, D. L. (1997). *Culture and Power. The sociology of Pierre Bourdieu*. Chicago: Chicago Press.
- Treanor, P. (n.d.). “Neoliberalism. Origins, Theory, Definition”, <http://web.inter.nl.net/users/Paul.Treanor/neoliberalism.html>.
- Yergin, D. y Stanislaw, J. (1998). *Commanding Heights. The Battle between Government and the Marketplace that is Remaking the Modern World*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Zevin, R. (1977). “New York City Crisis. First Act in a New Age of Reaction”. En R Acalay y D. Mermelstein (eds.), *The Fiscal Crisis of American Cities. Essays on the Political Economic of Urban American with Special Reference to New York*. Nueva York: Vintage books, 1977, pp. 11-29.